

Aulario

Ecós desde la tercera planta

Alba Berlanga Lillo

Sexto accésit

Hace minutos que dejé de contar escalones. Exactamente cuando el compás de mi respiración empezó a precipitarse con la gravedad, adelantándose así al de mis piernas y tropezándome a partir de la segunda planta.

Cuando mi voz se siente tan perdida que ni siquiera encuentra pared con la que retumbar para desvanecerse entre los muros de esta universidad, me vengo aquí arriba. Estoy en mi rincón del aulario. Estoy en el punto de confluencia de todos los ecos perdidos: desde los más graves y rotundos hasta los más frágiles y consumidos. Desde aquí lo de abajo está tan lejano como presente, desde aquí soy yo la que por un tiempo me escondo detrás de la ausencia para atisbar algo de lucidez cuando siento que me ha tragado un pozo hundido en otro.

Desde aquí, en el suelo, todo parece estar en calma. Desde aquí observo las copas de los árboles bailar a lo largo de los cuatrimestres, veo como algunas se visten de gala en unos y como se desnudan en otros.

Desde la tercera planta solamente se percibe silencio bañado en ecos, y aleteos de vez en cuando. Hasta aquí tan solo se han acercado atrevidos pajarillos que entre cálidas melodías ambientan mis musarañas. Me cantan. Su sinfonía se propaga desde aquí y con nanas de ecos engalana las voces de abajo.

Por las ventanas la luz se filtra y como un estereoscopio juega a reproducir unos rayos despistados en la sombra, alejándola así de las tinieblas. Aquí la oscuridad no es una enemiga. Aquí, no se le teme.

Algunas veces son los ecos los que retumban contra mí, y otras soy yo la que me estrello contra ellos. A veces, me encuentran soñando despierta garabateando líneas sueltas. En otras, consigo encontrarme a mí misma y desarraigarme de esa monotonía que nos adormece cada día.

Desde aquí puedo sentir el nerviosismo. Casi puedo palpar en sus ecos el escudo de cafeína que resistió toda la noche a la cuenta atrás del examen. Puedo sentirlo sin que me estremezca, ahora no tengo estómago. Sólo alas.

Algunos ecos tienen respuesta, convergen enredados y se escapan por los resquicios de las ventanas. Hay otros con remitente perdido, quizás olvidado. Otros tantos con destinatario errado.

La primera vez subí buscando respuestas: desde abajo todas las voces se mezclaban en mi cabeza y no conseguía vislumbrar certezas. No le encontraba sentido a esta sinrazón de sendas marcadas por injustas

pautas desde arriba; no podía concebir la inmensa distancia que hay desde los de arriba hasta los de abajo. Por eso mismo decidí emprender la escalinata; me llevó escasos minutos.

Quando los escalones cesaron me repetí la misma pregunta que tras la subida fui formulando: ¿quién marca la realidad de abajo y el sueño de arriba? Parece como innata la compañía de cada palabra. Podemos partir, echando un vistazo atrás, de nuestra historia. Así encontraremos la inmensa infinidad de barreras que se forjaron y levantaron en injusticia social. La realidad es cruda, nos enseñan. Tienes que trabajar y sacrificarlo todo para mantener el dulce sueño de los que duermen arriba. No hagas ruido y no te quejes. Tú sólo piensa en ser competitivo y atropellar si conviene a los que están ahí contigo, abajo.

Tras la pregunta, tan solo me respondió el silencio; arriba no encontré a nadie, sólo ausencia. Y un sillón. Me senté en él. Era cómodo. Mientras lo probaba me percaté de que el sistema que le permitía girar estaba bloqueado con un remiendo chapucero, impidiéndole así tener una panorámica de 360 grados. Entonces, entendí que arriba no hay sueño sino vendas ciegas de evasión de deber con excusas sin contenido, pues aunque la indignación emergente desde la planta baja consigue retumbar en ecos, arriba se inventan mecanismos para eludir responsabilidades. Y toda esa escalinata actuaba como un blindado plasma desde el que poder transmitir aquellos mensajes de sacrificio y competitividad.

Son estos burdos mensajes que lanzan creyéndonos necios, los que junto al sin fin de desatención crean esta indignación que nos atormenta cada día. Es saturación. Es impotencia por no poder dar fin al gran abanico de injusticias que actualmente vivimos.

Aquel día y aquí arriba, sin más compañía que la ausencia, conseguí desconectar de este inmundo. El alboroto presente en mi cabeza generado por la indignación y el dinamismo absurdamente estático, al que vulgarmente llamamos rutina, consiguió encontrar orden. Aunque no paz.

Desde entonces, la tercera planta es mi refugio. Huyo a la ausencia. La ausencia es mi exilio. Aquí es donde intento colorear ese inmundo que vivo: desastrosamente globalizado pues no integra a toda la sociedad; que permite desahuciar familias mientras existen casas vacías; que expatría a la cultura y al desarrollo de calidad que formaron nuestras universidades; que nos vende a multinacionales y que rebaja nuestras posibilidades. Que recorta en igualdad y derechos sociales. Es este inmundo el responsable. Y de él me evado, aunque no desde aquel sillón cegato.

Desde entonces, cuando el orden autoimpuesto se desmorona, subo hasta aquí a saturar el cuaderno para encontrarlo de nuevo. Pues del desahogo inmediato enmascaro con una pizca de alivio mi realidad, la de abajo.

Aquellos ecos simbolizan muchas historias. Unos deambulan, se sienten decepcionados y retumban. Los pajarillos que canturreaban ahora se asustan. Se esconden. Mi respiración enloquece y ahora la gravedad manifiesta no ser culpable.

Desde aquí escucho el tren y a esa repetitiva grabación que avisa de su inminente partida. Me están llamando, quieren saber si vuelvo a la ciudad. Despierto y cierro el cuaderno. El estereoscopio de rayos hace tiempo que dejó de jugar, el cante de pajarillos lo han sustituido nocturnos grillos, los árboles duermen y los ecos se marcharon horas antes. La noche se ha echado encima. Esperadme.